

I

EL GALLO JOSELITO Y BELMONTE

D. DIEGO GONZÁLEZ ALORDA

Señoras y señores: Permitidme, que primeramente agradezca al Sr. Presidente de esta Ilustre y Real Institución, D. Benito Mateos-Navado, el alto honor que me ha hecho al presentarme, con tan generosas y gentiles palabras, que por ser tuyas, estoy seguro, que serán lo mejor que vais a oír esta tarde.

Y gracias, en fin: a los que habéis venido a soportar esta Conferencia. Yo os aseguro a todos, que, como el agradecimiento es la memoria del corazón: el mío, nunca olvidará vuestras atenciones.

Y pasando ahora al ambicioso tema que os ha traído, he de deciros, que pretende ser un resumen, de lo que considero: la edad de oro del toro. Intentando trazar unas semblanzas de sus protagonistas: El Gallo, Joselito y Belmonte. Y como siempre creí, que la más amena manera de conocer a un artista, sería, mirándole a través del prisma de colores de sus anécdotas, basándome en la humanidad de ellos, he dibujado el perfil de estas estampas.

Empezaremos pues, como en la lidia, por el más antiguo: Rafael Gómez "El Gallo".

Nació este genial torero en Madrid, y tuvo una personalidad, tan complicada, que siempre estaba lanzando al aire la moneda de su sino. La cara era, la del inspirado artista, que dio al mundo la "señá" Gabriela, esposa, madre y abuela de toreros: la Gitana de aquella luminosa Bahía de Cádiz, en cuyas salinas, está amontonada toda la sal de la Andalucía Baja.

La Cruz de la despreocupación desaprensiva, se la dio su padre: el prudente señor Fernando, buen torero sevillano, que no era calé, por lo que Rafael y José, fueron Cuchichí, nombre que dan los gitanos puros, a los que están cruzados.

El pintoresco *Pollo Posturas*, peón de confianza del Gallo, me decía de él: – Rafael tenía momentos en la plaza en que nadie a su vera, parecía torero: los demás.... “¿ma comprendió?” ¡Parecíamos turistas!

En efecto, el Gallo era único, y con la luz de una larga afarolada, lo iluminaba todo, y borraba aquellas actuaciones desgraciadas, en una de las cuales, le llegó a decir, avergonzado, su hermanos Joselito:

– ¡Cómo me has puesto al público, Rafael!

A lo que éste contestó: – Superior... ¡te lo he “dejao” ronco! No te preocupes niño, que la pita más grande dura cinco minutos, y la “corná” más chica ¡quince días!

Referente a lo poco que le importaban las broncas, recuerdo, que en una reunión con Posturas y el navarro Joaquín Lizárraga, tarareó éste, ingenuamente, la copla insultante, que le habían cantado al Gallo, las cuadrillas de mozos de los San Fermín y Posturas exclamó: ¡Calentura... le dio al Gallo, aquella noche!

Sólo una vez se le oyó decir, al salir de la comisaría: – Soy muy desgraciao, porque yo soy: ¡el Cristo de toreo! –. En aquella ocasión, le habían detenido, porque se negó a matar un toro en Bilbao, y el conflicto, duró tanto, que hasta el Sol se fue del Ruedo, por lo que al ser llamado a la presidencia, no dió más que esta explicación: – No lo maté, por que ya es de noche, y yo, en este trabajo ¡no velo!

En otra tarde desastrosa, le dijo un bombista: – Vete a tu casa, mamaracho –. El le miró... con aquella mirada mansa que tuvo siempre y le razonó humildemente: – Eso es lo que yo quisiera, irme, pero no puedo, porque en los Chiqueros tengo otro –. Cuando éste salió, era tan poderoso, que no pudieron ¡ni picarle! Porque derribaba a los picadores, mientras sus caballos rodaban muertos. Sólo un banderillero, tan valiente como Sánchez Mejías, que entonces iba en su cuadrilla, le pudo banderillar. Al toca a matar, Rafael se fue al toro, y sin darle un pase ¡la media vuelta! ¡Le dio una puñalada en el morrillo! Ignacio, viendo que iban a quemar la plaza, le preguntó: – ¿Qué hace Vd. Rafael? – Y él le respondió sereno: – Picarlo, que no lo han “podío picá” y ponérmelo a la media, porque el toro es muy bueno; vete, que ahora verás –. Llamó al toro, juntó los pies y le dio su famoso pase de la muerte, haciéndole, una de aquellas faenas de inspiración, que nadie ha podido describir, matándole después mejor que Frascuelo, porque cuando aquel hombre se decidía a matar un toro, lo hacía más bellamente que todos. En medio de aquel delirio, vio al que le

había gritado ¡vete!, aplaudiéndole entusiasmado y diciéndole: – Rafael, después de esto, retiro todo lo malo que te he dicho en mi vida –, y el Gallo le contestó: – Pues yo no retiro “ná” ... de lo que yo le decía a Vd... por lo bajo –...

Después de maltratado: ¡el Cristo gitano del toreo, había subido a su Gloria! Su mujer, Pastora Imperio, le describió así: – Rafael, fue un extraño fenómeno, como torero y como “marío” –. Él nunca habló de ella a nadie, pero como siempre estuvo enamorado, una de las veces que entraba en los lavabos del Ateneo, le oyeron decir, hablando solo: – Pastora... ¡tú me has “matao...”! Cuando me lo contaron, recordé aquella célebre copla:

Estoy perdiendo el sentío,
no sé lo que te propones...
me tienes loco perdío...
¡y hablando por los rincones!

Durante una de estas crisis, toreando con Sánchez Mejías la feria sevillana, le dijo al salir un toro: – Este no lo mayo yo –.

– ¿Por qué?

– Porque no... En ese plan –me contaba Ignacio–, tocaron a matar y se lió a tirarse al callejón, en cuanto le miraba el toro, para así esperar los tres avisos. Cuando sonó el primero, se me ocurrió decirle: – Váyase a la enfermería, que tiene Vd. la muñeca lastimada – y él, sin dudarle, se fue para dentro, donde se desarrolló esta escena, entre el torero y Sánchez Carrasco, tan buen cirujano como Rafaelista: – ¿Qué traes Rafael?...

– Esta muñeca “lastimá”.

– ¿Te duele? - le preguntó al reconocerla.

– No “señó”...

– Claro, ¡cómo te va a doler, sino tienes nada en ella!

– ¡Pues será la otra... me lo ha dicho Mejías!, ¡si lo sabrá Mejías!

– En aquellos momentos -continuó Ignacio-, pasaba un avión, que por llamar todavía la atención del público, nos hacían mucho quites, y excuso decirte, el bajonazo que le metí al toro ¡mientras discutían la mano que era!

El Gallo no era jugador, ni bebedor; sus únicos vicios fueron: los habanos y que le limpiaran los zapatos siempre que se lo pudieran y sobre todo: dejarse explotar por cualquiera, que lo hiciera con gracias. Un día de invierno, mandó a que le cobrara un cheque, a cierto sujeto, el cual, al po-

nerle el montón de billetes sobre la mesa del café, se los contó así: – Uno, dos, cuatro, seis, etc. Cuando terminó, el Gallo se los guardó, sin mirarlos siquiera. Como se trataba de un verdadero atraco, en cuanto se marchó el atracador, le advirtió un amigo: – Rafael, ¿no te has dao cuenta de que te los a contao pegando más saltos que un cigarrón? –. Y el Divino calvo, con su cara seráfica, preguntó: – ¿Y qué... no tiene eso gracia? – Y se quedó tan tranquilo, con su pierna cruzada, dándole una chupada al puro, y su sombrero de ala ancha, muy bien puesto, como decía Posturas, – Porque “Rafaé... ¿ma comprendió?, se pone el sombrero ¡“mejó” que nadie!

Otra anécdota bancaria, le ocurrió con Salgueiro, que por darle una broma, le dijo:

– Ayer te ingresé tus honorarios en el Banco, y hoy me han dicho que ¡el Banco ha quebrado!

A lo que contestó en el acto aquel genio:

– Si ha “quebrao” bien... ¡le habrán “toca” las parmas!

Un famoso sablista suyo, fue el madrileño Perico “el de las viejas ricas”, que encontrándole arrodillado en un funeral, tuvo un momento de inspiración y se arrodilló junto a él, diciéndole al oído:

– Necesito, inmediatamente, veinte duros.

El Gallo, le miró atónito y el otro añadió:

– Rafaé... ¡que es la primera vez, que te lo pido de rodillas!

Fuentes Bejarano, tan buen matador como narrador, me contó que estando en la barrera al lado del Gallo, y viendo el mal rato que éste pasaba, porque otro compañero desaprovechaba un toro de bandera, se atrevió a decirle: – Maestro ¡qué pena de yema de San Leandro!, y, Rafael respondió indignado: – Si yo fuera el toro, me siento en el estribo y le digo: te va a “embestí” más, tu pajolero padre.

En cierta ocasión, el sufrido Rafaelista García Oviedo, me llevó a comer con el Gallo y su sobrino Gallito, y el vi tan a gusto, que me atreví a hacerle, esta caricatura de Interviú.

– ¿Con qué edad empezaría Vd. a torear ante los públicos?

– Desde niño, fíjese, los capotazos que habré “dao” por esas plazas y los millones que he “ganao” con ellos, aunque ahora no tenga más que el vitalicio, que me ha “consegúo” Belmonte.

– ¿Quién tiene esos millones? - le pregunté.

– ¡La gente los tiene! - me contestó muy serio.

– ¿Por qué fue tan desigua, Rafael?

– Influían mucho en mí, los disgustos que deprimen y no se puede ser dueño de sí ¡y mientras uno no manda en uno, no se puede mandar en el toro!

– Dicen, que todo era por culpa de sus supersticiones.

– Yo no he “tenío” más superstición que la del Tío Permaso, y que no lo puede uno “matá”, porque es un padre de familia buenísimo, y partidario de uno a rabiá; pero que como me tropezara con él... ¡la catombe! No le digo más, que ahora que estoy “retirao”, como le vea, por lo menos llueve, lo cual me molesta bastante, porque en mi “vía” he “gastao” paraguas... ¡Qué lastima que no apareciera por aquí....!

– Si, pero aquello de tirarse al callejón, cortando una gran faena... ¡la espantada célebre, que Vd. Creó!

– Aquello era hijo, de que yo le miraba mucho las orejas a los toros, y sabía, cuando me iban a coger.

– Sin embargo... algunos... le han cogido...

– Pero siempre los toros buenos, los malos... ¡ni me han visto en la plaza. Este garabato que tengo en la cara, me lo hizo en Méjico, ¡el más noble que ha “salío” por chiquero! Era de Piedras Negras, y al quebrarle un para de banderillas, pisé una gandiga de un caballo muerto y me resbaló y lo equivoqué, porque era tan buen ¡el pobrecito! que siguió el movimiento falso que le mandé, como un perro de agua.

Su sobrino, riéndose le interrumpió: – Pues ese perro le mordió. – Porque yo le metí la mano en la boca, pues yo he visto siempre cuando un toro era superior; no como tú, que no vas a ser el Miura de esta Feria, que no tuviste perdón de Dios. Porque aquel toro traía ochenta cerrías en el morrillo, porque lo tenía “tó”: En la Maestranza de Sevilla, de Miura ¡y tonto!. Era como el llamado Merengue, que le brindó a la Guerrero. ¡De aquella faena... viví yo luego: “juyendo”, ¡cinco años!

Rafaelito le contestó acharado: – Es que el día antes, había ido a visitar a un compañero herido, y tuve la desgracia de verle curar, y era tan grande la corná, que salí de la clínica jurándome: ese bujero, no me lo dejo ya hacer... ¡ni el capote!

– Pues eso tampoco es... El torero tiene que llenarse el “vestío” de sangre algunas veces... ¡suya o del toro! porque en la torería, como en la milicia: el que no pelea, no gana gloria. Tú no serás torero de cartel, porque el

cuarto de Hera, que ese Miura estuvo en la plaza, has “tenío” la llave de oro del toreo, en el bolsillo de la casaquilla, ¡y las has tirao!

Por echarle alegría a la escena, que se ponía violenta, se me ocurrió decirle: que los alguaciles, me parecían decorativos, pero inútiles.

– No lo crea Vd. salimos tan ciegos de miedo, que sino fuera por ellos, que van delante, ¡no habría uno que diera con la presidencia! Haciendo el paseíllo, he pensado yo muchas veces: si abrieran esa puerta de enfrente, y pudiera seguir hasta mi casa... andando muy flamenquito.

– ¿Cuántas veces ha ido Vd. a América?

– Muchas. Yo iba a América como el que va a un mandao, y eso, que aquel público es muy duro. Me acuerdo de un mejicano con la cara de Pancho Villa, que cuando no había suerte, me decía desde su barrera, apuntándome con un pistolón: ¡Gaaaallo, hijo de la gran galliinaa, te voy a perjudicaaaa!

Le pregunté si verdaderamente había diferencia, entre aquellos toros de cinco años de su tiempo y estos que salen ahora, y me contestó rápido como un cohete: ¡Cómo del exprés al carrillo del helao! Mire Vd. el carrillo del helao, se lo deja uno “pasá” por la barriga: pero el Exprés, en la recta de Valdepeñas, no hay quien se lo deja “pasá” a dos metros, porque “ná” más que con el aire, te tira de espaldas.

Este era el loco que razonaba hasta sus locuras, y que era tan bueno como decía una Rafaelista, que algunas veces, se dejaba un toro vivo, para que los demás comieran.

Pages contaba, que habiéndose quedado sin toreros por percances en las Fallas, y no queriendo venir nadie a sustituir, en la de Miura que quedaba, llamé a Rafael a Sevilla, proponiéndosela, sin decirle de quién eran los toros. Este aceptó enseguida, y llegó a Valencia en automóvil, a las cinco de la mañana. Como no había habitación en el Hotel de Pages, éste se levantó y le dejó la cama, donde ya acostado el torero le preguntó: ¿De quién son los toros, Eduardo?

– De Miura.

– ¿Y qué pelos traen?

– Hay de todo: negro, cárdeno castaño, berendo y uno colorao.

– Hombre me gusta. Ya hacía tiempo que quería “toreá” una “corría” así de los niños. Y se echó a dormir como un bendito, diciendo que no lo despertaran hasta la hora de los toros.

Rafael estuvo tan asombroso que aquel día, el clarinero de la plaza, inventó para él, una melodía distinta a la que le tocaba a los demás, cuando salían a matar. Pages no pudiendo resistir su curiosidad, le preguntó, mientras el Divino Calvo se desnudaba, entre tantos admiradores: ¿por qué me dijiste que te gustaba una corrida tan dispareja?

– Porque naturalmente pensé, los Niños no vienen por el pelo; sino que han “escogió” esta corría, fijándose únicamente en las notas de los libros. Yo creo que Pagés, asombrado, recordaría aquella sentencia de esta soleá:

Tiene cosas este loco,
que no suenan a cordura;
pero a locura tampoco.

Cuando estaba en Madrid, solía irse a la biblioteca del Palacio de Liria, donde el Duque de Alba, le tenía dado permiso para ojear todos los libros de toros que quisiera. De esta amistad, recuerdo que en una fiesta dada en la finca Pisana, que el Gallo le dijo a la Duquesa de Santoña: – En vuestra familia, ha “tenió” que “habé” ¡gitanos de fuste! –. Y aquella enamorada de Sevilla, que fue nuestra querida Doña Sol, con una alegría inefable, le gritó a su hermano el Duque de Alba: – ¡Yimi!, dice Rafael ¡que nosotros descendemos de gitanos!– A lo que contestó el prócer, con su flemma británica: – Es la primera noticia que tengo.

Para terminar esta estampa, ¡qué podría hacerse interminable!, quiero ponerle como broche, lo que el Gallo me dijo de Belmonte: – Juan era inmenso. Como sería... que toreando con José... a todos nos llegaba el agua al cuello, y a él... ¡ni le bañaba los pies!–. El día en que se enterró el Gallo, hubo una novillada en la Maestranza y mi afición curiosa, que asistió a los dos actos, recogió cuanto vio, en este romance:

En una tarde de mayo,
cuando los trigos se doblan,
murió Rafael el Gallo,
¡como se muere una copla!

¡Ay Joselito, por fin...
por fin os llegó la hora
de juntaros otra vez,
bajo el árbol de la historia!

Como se remata un cante,
que a la garganta se enrosca,
de aquel Enrique el Almendro,
entre la luz y la sombra.

Porque le tenéis a él
para escucharle sus cosas,
¡Posturas se está muriendo
de ansias desconsoladoras!

Ya Rafael solo vive
y surge, cuando le nombra,
su peña de amigos buenos
ante una ronda de copas.

Y vivirá... como fue...
con al demencia gloriosa
de derrocher lo que falta,
para nunca tener sobra.

Con su bondad increíble
hasta par quien le explota,
o para el rival de fuego,
que por los ruedos le acosa.

Con aquel sombrero ancho
de color ala de mosca,
con la pechera rizada,
y su cornada en la boca.

Con su charla deslumbrante
como un diamante de roca;
juanto a Juan, en los Corales,
mientras el sol se remonta.

Entre el humo de sus puros,
vivió una vida sin horas,
navegando en esa nube
hacia una playa remota.

En ella... creó su mundo,
¡un mundo de musas locas!
que llevó dentro de sí,
en donde reinaba a solas.

Con la nostalgia apenada
de su mente soñadora,
en que fue obsesión constante:
¡aquella bata de cola!

Y entre monólogos largos,
que eran cual jaculatorias,
con filosofías en círculo
como cangilón de noria.

Y su prestancia de siglos...
fenicia, gitana, o mora,
y la estirpe gaditana,
que señorea su persona.

Con Barrambín, Agualimpia,
y el Marinero se entronca,
y en la Gabriela y Fernando,
su linaje, desemboca.

Madrileño-sevillano...
todo en él es paradoja:
¡desde la huerta de Gelves
a la América española!

.....

La tarde que le enterraban,
la Maestranza solloza,
con bandera a media asta,
sin música ni bambolla.

¡Nunca en su balconería
vi una congoja tan honda
¡y es que el Gallo era Sevilla,
como Romero era Ronda!

La Giralda, allá en el fondo,
deja caer las seis gotas
de bronce, de una campana,
¡que hoy parece que está rota!

Al terminar el paseo,
los toreros se destacan,

murmurando un padrenuestro
entre un silencio que ahoga.

donde Ignacio y Joselito,
le esperan entre coronas.

Con la cabeza en el pecho
y el castoreño en la Mona,
los picadores parecen
¡un aguafuerte de Goya!

Rafael lleva la suya
de lirios y caracolas,
con cinta de estrellas verdes:
¡las lágrimas de Pastora!

Y después los matadores,
cuando sus turnos les tocan,
desde el centro del albero,
¡les brindan a su memoria!

Y con los tres, en los cielos,
este gran cartel se forma,
para recreo de los ángeles,
¡en las gradas, de la gloria!

Mientras él, está llegando
al mausoleo de su fosa,

José y Juan

He puesto a los dos unidos, porque al hablar de José, por fuerza se ha de nombrar a Juan, pues en realidad: ¡uno fue el complemento del otro! ¡Quién los vio a los dos, lo vio todo!

Sus vidas, estuvieron separadas durante la niñez, en la que José vivió, la competencia de su hermano Rafael con Ricardo Bomba, sufriendo mucho su amor propio, pues el Gallo, que no era hombre de lucha, casi siempre salía vencido, por aquel lidiador tan valiente.

Se puede decir, que Joselito aprendió a leer, deletreando los artículos, en que los criticos bombistas, ridiculizaban la apatía de su hermano; hasta que un día, el niño, sintiéndose hombre, rompiendo su periódico, gritó furioso: – ¡Me la tienen que pagar! –. Y se la pagaron en efecto, y con tanta prisa, que sólo pensando en esto, se vistió de luces en Jerez, sin haber cumplido los trece años, y a los dieciséis, tomó la alternativa, cayendo en la fiesta nacional, como una catarata de oro, que lo arrasó todo, no respetando más que a Belmonte, como lo demuestra esta maravillosa anécdota, que me narró Felipe Sassone, refiriéndose a la célebre cogida que sufrió Juan en Murcia, por la que tuvo que avisar, que no podía torear la Feria de Sevilla de 1914.

– Los gallistas -me decía Sassone- empezamos a pregonar: que Belmonte no venía, porque la corrida de Miura, estaba aquel año más aparatosamente presentada que otras veces, y que con una así, el poder fácil de Joselito, tenía todas las cartas a su favor. Se enteró Juan, y le puso, desde la

cama, a su íntimo Daniel Herrera, este telegrama: Voy a la Miura. Excuso decirte, la que armó en Sevilla el papelito azul, que desfiló por todas las peñas ¡cómo una bandera belmondista!. Revuelo que aumentó, cuando le vimos hacer el paseo arrastrando la pierna, mientras comentábamos todos: verdaderamente, no puede tenerse en pie. Ha venido, para dejarle a José, la corrida entera colgada. Lo que colgó, puede juzgarse, sabiendo, que al terminar ésta, el conocedor se fue a casa de Miura, donde D. Eduardo esperaba noticias; el cual, al ver las vueltas, que el criado le daba entre sus manos al sombrero ancho, le preguntó:

– ¿Cómo han salido los toros?

– Uno a uno... D. Eduardo...

– Pero... ¿qué ha pasado?

– Que Belmonte, después de torearlo, como yo no había visto nunca... ¡le ha “cogió” el pitón, por la mazorca, al “colorao”!

– Mentira - gritó el ganadero.

– Que lo he visto yo... D. Eduardo, y que de verlo... vengo malo.

– Pues mañana... ¡mata a la madre!

Mientras esto ocurría en la Encarnación, yo, Gallista ante todo, me fui a la Alameda, donde me encontré a Joselito en su asa, con la casaquilla quitada nada más, y a caballo en una silla, con lágrimas de rabia en aquellos ojos, que aún estaban asombrados. Indignado, le dije: – ¿Va a llorar... por esa rana vestida de oro... ¡por ese jorobado!?

Joselito, levantó la cabeza, diciéndome: – Yo soy el mejor, D. Felipe, porque puedo con todos, pero ese jorobado, ha “toreao” hoy como el que inventó el toreo. Se lo digo yo, que yo sé de eso.

Aún acerté a decirle: – Cuando tu quieras, acabas con él, como con todos-. Jamás olvidaré lo que me contestó:

– Yo he “mandao” a su casa a Bombita, porque hizo pasar muy malos ratos a mi hermano, y a Gaona a Méjico, porque es un indio malo, pero con un suicida, con este arte, no hay hombre que acabe; un toro así, porque todas las tardes le rompen las taleguillas, y lo tengo yo que sacá de debajo de los toros.

¡Esto era el tono mayor de aquella competencia leal y dura, en que los dos escribieron, sobre páginas de arena: ¡el más hermoso capítulo de la historia del toro!

Claro, que esto fue posible, porque entonces, D. Eduardo “el de las Patillas”, mandó a matar a la madre de un toro, porque con él, había podido Belmonte, y en esta época moderna, más humano, ordenó que mataran a la madre de Islero; porque él... había podido con Manolete. Signo claro, de como han cambiado los tiempos, y con ellos el clima de la fiesta brava.

¡Aún está vacío el sitio que dejó Joselito! nadie ha podido empuñar el cetro de aquel coloso, que conocía a los toros, de tal manera, que en la Feria de San Miguel de 1915, al saltar al ruedo el quinto toro, Cantinero de Santa Coloma, exclamó: – Este es mi toro– y le cortó ¡la primera oreja!, que se concedió en la Real Maestranza de Sevilla. Después de esta corrida, en la que había matado a los seis toros, le preguntaron: ¿por qué sabía que aquel toro era bueno, si aún no le había corrido los peones?, y respondió: – Porque cuando estaba saliendo, echaron desde arriba, unos programas, y le tiró a los papeles en el aire, unos derrotes, con tan buen estilo, ¡qué yo sabía que el toro era bravo!

Este talento natural y sus músculos de atleta, unidos a su indomable amor propio, fueron los pilares de su poderío, del que hicieron los sevillanos un mito, diciendo: que con un capote, sería capaz de sacar a un toro de la plaza, pasearle por la calle Sierpes, y meterle otra vez en el ruedo.

Yo creo, que hasta lo hubiera aparcado, sin que se atreviera a llevárselo la grúa. Era torero, como decía el Guerra: – Dos horas en la plaza y veintidós en la calle; siempre estaba pensando en su oficio, como lo demuestra, que estando lastimado de la mano derecha, y reconociendo en su casa la empuñadura de un estoque, murmuró: – Esta pelota de hierro es muy dura, voy a escribir a Valencia, diciéndole a Ferrandiz que la hagan de goma. Y desde entonces, se hicieron todo como el planeó.

Esto lo contaba su mozo de espadas, Caracol, que decía de su matador: – Su muleta era un látigo, con sus trallazos, dominó hasta un Miura, que sabía tanto, que cuando berreaba, parecía que hablaba; huyéndole al castigo de José, se entablero y cuando le dije a éste: – Toma el verdugillo y acaba con ese asesino, el toro volvió la cara y me miró, ¡porque me había entendido!

Caracol tenía un hijastro, que pretendía ser torero, el cual, mirándole un lipoma, que tenía su padrastró bajo la mandíbula, le ofreció: – Cuando yo sea matador, le voy a llevar a Alemania, para que le quiten ese bulto de la cara. El muchacho debutó y estuvo tan miedoso, que Caracol, mientras le desnudaba a empujones, le soltó: – Conque a Alemania ¿eee? – y

separándose la mano un metro de la cara, añadió: – ¡Aquí me lo “vais” a rascar!.

Joselito no congenió mucho con este alegre mozo de espadas, porque él, era serio y melancólico: quizá por eso vivió, tan aislado, que poco antes de la tragedia de Talavera, se le oyó decir: – Nadie más solo que yo-. Tal vez influyera en esto la reciente muerte de su madre y el fracaso de sus amores. ¡Puso sus ojos gitanos en una estrella tan alta, que los tuvo que bajar a la tierra! Estos detalles íntimos, los supe yo por Ignacio Sánchez Mejías, con quien tuve una gran amistad, y el cual me explicó así en Pino Montano, la muerte de José:

– Era tan extraordinario -empezó Ignacio- que siempre fue superior a todos los toros que lidió. Ni Bailador que le mató, le engañó, pues el sabía, que el toro, por su defecto en la vista, era peligroso. La prueba la tienes, en que cuando el Cuco le corrió a una mano, José le indicó a su hermano Fernando: – Vete a la barrera que es burriciego y tú estás muy gordo-. Empezó a pasarle de muleta preocupado, y aún hizo esta advertencia ¡aquel Ángel de la Guarda de todos! – Cuco, ten “cuidao”, que el toro está contigo-. Mientras decía esto, Bailador se le arrancó a la vez, y como no veía de cerca, no le obedeció al pase, y le prendió por el muslo, dándole un puntazo: ya en el aire, su cuerpo cayó sobre el pitón, que le introdujo entero en el vientre, pues por tener cinco años, era muy certero hiriendo, por lo que había matado tres caballos. José me cayó a los pies, y sentado en la arena, con los intestinos en las manos, me dio su última orden: – Que llamen a Mascaré, que esto es muy grave- y quedó desvanecido para siempre.

Así pasó a la historia, in toro feo y sin clase, como el Capitán Centellas, por haber matado al Tenorio. Eral tal la admiración que el pueblo le tenía, que al decirle yo en el campo, a un gañán, que Gallito había muerto en Talavera de la Reina, me contestó: – Era tan grande que así tenía que morí ¡a la vera de la reina!

Ante el prodigio del grupo escultórico, que le hizo Bennlliure, se me cayó de la pluma: el mausoleo de Joselito, que desde esta tribuna, ¡le brindo a su memoria!

Va desfilando Sevilla,
entera, tras el entierro
del toreo maravilla:
¡el de las piernas de hierro!

Están llenos los balcones
de mantillas y peinetas,
y tienen negros crespones,
las flores en las macetas.

Ya está metido en la Caja
el artista soberano;
ya por la alameda baja
¡aquel milagro gitano!

Blanco como el mármol va
recostado en la almohada,
y en su cara impresa está,
la angustia de la cornada.

Lleva un capotillo echado
a sus plantas de torero,
de rojo y oro bordado
cual su sangre en el albero.

Va... como barco perdido,
el féretro, entre el clamor
de aquel mar embravecido
por las olas del dolor.

Da miedo el rostro surcado
del mayoral con patillas,
y el gesto desesperado
¡de aquellas tres gitanillas!

Delante... ¡rosa temprana
que marchitará la pena,
va una mocita gitana
que lleva a la Macarena!

¡Pobre flor de la quimera,
tu loco ensueño de amor,
lo destrozó en Talavera,
el maldito Bailador!

...

Ya al cementerio llegaron,
para poder enterrar

el cuerpo que veneraron:
¡la tienen que abandonar!

En sus esfuerzos terreneos,
se aferran más a la caja
aquellos brazos morenos,
que quieren ser su mortaja.

Ninguno suelta su presa,
las tablas van a ceder,
y en medio de la sorpresa,
se oye una voz de mujer.

Es la chiquilla morena,
que alzando sobre el gentío,
a su Virgen Macarena,
así le pide con brío:

Porque a la Tierra no venga
el Rey de la torería,
deja que en alto lo tenga
toda su gitanería.

Haz que seamos de piedra
para estar junto a José,
lo mismo que está la hiedra
que se pega a la "paré".

Y tras de aquella locura
de una triste enamorada,
quedan quietas las figuras,
suspensas ¡petrificadas!

La Esperanza la escuchó,
hechos estatuas quedaron,
y José no se enterró:
¡porque ellos no lo dejaron!

Y puede verle el viajero, está el mármol del torero,
que al alcance de sus manos, ¡y el bronce de los gitanos!

Dicen... que cuando José empezó como torero, que estaba en la línea tradicional y clásica de los grandes maestros: Pepe Hillo, Cuchares, Lagartijo y Guerrita, toreaba respetando el terreno natural del toro, hasta que Belmonte demostró, que un hombre puede meterse en éste y sacar a la fiera de él, a fuerza de valor y mando en los brazos, pues el repetía: – Que cuando un torero está bien, todos los terrenos son del torero, y que cuando está mal, todos son del toro.

Juan en realidad, tuvo un precursor: ¡el trianero Antonio Montes! pero este fue vencido en la otra orilla del Atlántico, muriendo en el intento. ¡Sólo Belmonte logró robarle el sitio a los toros, sin que le mataran! Él mismo con su tartamudez, salpicada de la más ingeniosa sátira, me explicaba así, este difícil proceso de sus comienzos:

– Yo no vi torear a Montes, y por lo tanto, no pude imitarle: aunque muchas veces he pensado, que quizá influyera en mí, lo que oía, de la temeraria forma, con que le cambiaba el viaje a los toros, trayéndolos con el capote al cuerpo y despidiéndoles después, cargando la suerte. En mis primeros tiempos, fracasé totalmente en el intento, no consiguiendo más, que dejarme vivo el novillo de la fotografía, que hay en la contaduría de la Maestranza, en que estoy de rodillas, dándole con la mandíbula en el testuz, y diciéndole, al ver que no podía matarle: – Mátame tú; mientras mi peón Calderón, al que le llamaban la “Niñera de Belmonte”, está cogiéndome por las hombreras, para sacarme de entre los pitones, como un trapo roto. Por no dar más espectáculos lamentables, le pedí a Borbolla, que me colocara en las obras de la corta de Tablada, y allí pasé, la temporada veraniega pero de mi vida. Tan mala fue que, como el Polichinela de Benavente, medité en Galeras, y aprendí, el gran negocio que es, que un toro te mandé al cementerio, donde, por lo menos se está “tendió”.

Así, que ya totalmente decidido a tomarme este descanso, me atravesaba el río de noche, para torear el ganado de las Marismas.

Una vez, me cogieron los guardias de Pérez de la Concha, dándome tal paliza, que me dejaron... medio muerto... Toda mi vida, he tenido esto en la memoria, hasta el punto, que siendo ya torero, cuando me daban a elegir ganaderías, procuraba escoger... ¡la de uno, que no me había pagado! y es, que la carne es flaca y siempre guarda recuerdo de los palos. El que

fue mi mozo de espadas Conde, me llevó a torear a Castellón, y después a Valencia, ganando... ochenta pesetas, donde un novillo de Soler me mandó al hospital. A los valencianos les debo mi primer éxito.

Me acuerdo, que yo le dije, que esto, unido al cartel que allí tuvo siempre el Gallo, demostraba, que los valencianos eran excelente aficionados; y Juan me cortó: – Bueno... eso es otra cosa; a Rafael le querían allí, porque era muy pastelero y aguantaba mejor que nadie esa paella, que los valencianos dan a sus ídolos, que no la aguanta nadie. Después... triunfé en Sevilla, y saqué a mis hermanos del hospicio. Por cierto que decían, que yo era muy bueno, porque había hecho esto tan natural y un Gallista exclamó: pero ¿qué iba a hacer?... ¿Los iba a meter dentro? A mí me hacían más gracia los Gallistas que mis partidarios; porque un toro... te coge... y alguna vez te suelta; pero un belmontista, como te coja, ¡no te suelta nunca! Recuerdo a uno, que me tuvo una noche, dos horas en la puerta del Palace, explicándome ¡cómo daba yo, mi pase natural! Para que me dejara, no me atreví a decirle, que quería acostarme, porque, si se lo digo, ¡sube... y se acuesta conmigo!

– Me adoraban tanto, que un año en que iba en la Presidencia del Cachorro de nazareno, se me acercó uno y me preguntó: – ¿Tu eres Belmonte?–, y al decirle que sí con la cabeza, me soltó: – Pues te voy a besar la mano. Ahora, que como no seas Belmonte, te voy a mentar a tu pajolera madre.

Como me había hablado del Palace, le dije, que yo creía, que en Madrid, vivía en casa de el escultor Sebastián Miranda y me contestó: – Eso era antes, pero desde una noche, en que me despertó Sebastián con una pistola, diciéndome que había ladrones, y tuvimos que liarnos a tiros, paro en el Palace, porque ir a casa de Sebastián es como volver a los toros, a pasar miedo.

– Pero si dicen que tú no has tenido miedo ni en la plaza.

Juan exclamó: – Cuando suena el clarín, ¡hasta el Presidente tiene miedo!; siempre me acordaré que estado en el patio de caballos, esperando una corrida terrorífica de Palas, me dijo una de esos partidarios insoportables: mira la cara de miedo que tiene el Gallo y en cambio tú, ¡tan fresco! No me pude contener y le contesté al cobista: – Miedo ese, que sabe que hoy no se va a arrimar... Miedo yo, que sé, que cada uno, me tiene que quitar los pies del suelo varias veces.

Respecto a su amistad con Joselito, me dijo otro día:

– Yo era el primera Gallista, le admiraba y el quería mucho, a pesar de que procuraban enemistarnos diciendo tonterías; como Salgueiro que repetía: – Para la Maestranza, tengo bastante con Belmonte y una escoba; y los de la Monumental decían: – Hoy torear Joselito y dos más. La pasión era tal, que al volver de América, le propusieron al cura de una iglesia, que me dejara entrar en ella, bajo palio, a lo que contestó indignado el sacerdote:

– ¡Qué sacrilegio! - añadiéndole al monago por lo bajo: ¡Si hubiera sido a Joselito!...

Y es que los Gallistas no querían, ni mentarme, me decía Bermúdez; pero nosotros éramos muy amigos, aunque lo teníamos que disimular, como una noche en el Exprés, que me pasé al departamento, que estamos llegando a Córdoba y van a subir a saludarnos los partidarios, y les va a molestar vernos juntos.

Le pregunté cómo veía él la competencia de los dos en la plaza, y me la explicó así: yo era víctima desgarbada, sin facultades físicas, la llamada carne de toro, y en cambio él, aparecía como un Príncipe triunfador, que donde verdaderamente me ganó la “partía”, fue en Talavera.

Admirado, le pregunté: ¿Era tan fácil, tan dominador?....

– Tan poderoso era, que cuando estábamos en el ruedo, sabíamos todos que no podía haber nada sin resolver: por eso, cuando me lo mataron, me dejó sin moral, pues yo pensaba: cuando a ese lo ha matada un toro, todos los demás.... ¡vivimos de milagro!

Sobre el tamaño del ganado me dijo: – Matábamos al año muchas corridas terciadas, en ruedos de segunda categoría; pero en los de primera nos tragábamos verdaderas catedrales, exigiendo siempre las de Miura, como un honor, porque José repetía: – Que los zapatos cómodos, para todos los días, pero que los domingos, había que ponerse los nuevos, aunque molestaran algo.

A mí en particular, no me gustaban los cerniabiertos, porque como mi toreo era tan ajustado, me tropezaban mucho; pero el peso, no me preocupó nunca, porque ¡cómo no me los tenía... que echar al hombro!... ¡El peso no le interesa más... que a las mulillas!...

– ¿Por qué inventaste la media verónica?

– No lo sé... sería... ¡pá ahorrarme la otra media!

– En tus faenas también era buen administrador, porque fueron cortas...

– De unos catorce pases, porque si yo tuve alguna habilidad, fue la de saber, el momento justo de entrar a matar, cuando el toro, dominado, me pedía la muerte, juntando las manos, y que era, precisamente, cuando el público me gritaba: ¡No, no!, porque querían más faenas, y yo pensaba: ahora... guasones... ¡qué tenéis los pañuelos en las manos! El que quiere más... que venga mañana.

Como trajo y se llevó el secreto del templo, quise saber ¿cómo hacía aquello? Y me contestó, como un iluminado:

– Templar es poner la tela a tono con las arrancadas de cada toro, como un “tocaor” pone la guitarra, entonada, con la voz de cada “cantaor”.

Una noche en Miramar en Chipiona, le riñó María Teresa Pikman diciéndole :

– Juan, es verdad que te has atrevido a decirle a un Manoletista: Manolete torea también como yo, con la diferencia, que yo daba catorce pases y el da sesenta.

A lo que respondió, la ancha sonrisa de Belmonte:

– Es verdad, María Teresa, porque es que yo, le digo a cada uno, ¡lo que el quiere... que yo le diga: maravillosa filosofía de Terremoto! o por lo menos a mí me lo pareció, porque siempre he creído, que las cartas, no son del que las escribe: sino de aquel, para quien se escriben. La reunión aquella en Chipiona, acabó en juerga, y el pobre Gitanillo de Triana, bailó flamenco ¡tan maravillosamente! que cuando nos marchábamos, le dijo Juan:

– Si yo hubiera sabido “bailá” así... ¡cualquiera me arrima a mí a los toros!

Era tan inteligente, que cuando le hablaron mal de fútbol, creyendo que lo halagaban, contestó elegantemente:

– A mí me parece, que gusta más que los toros... y la prueba es, que si ahora mismo nos echaran por esa puerta, una pelota, todos nos acercaríamos a darle un puntapié, y

En cambio, si entrara un toro, ¡nos tiraríamos por el balcón por el balcón! Todo lo que decía era ingenioso, como en el Entierro de un amigo en que le comentó a Sebastian Miranda: - Ahora nos toca a nosotros, Sebastián, que ya vamos... camino de las tablas-. Hasta cuando su hilo le habló se ser torero, le aconsejó: - De saberlo, tienes que serlo muy bueno, porque de torero a sinvergüenza, no hay más que un paso, ¡no vayas tú a darlo!-

Otro día le pregunté: ¿qué era más difícil al matar, si recibir o aguantar? y me sentenció: - Aguantar, (y recordando su matrimonio desgraciado, añadió): - Cuando te casas te preguntan: ¿Recibe Vd. Por esposa a ... y se eso es bonito, y dura un minuto; pero aguantan famosa, que el gran Cronista Cañabate, me narró , que cuando le preguntaron a Belmonte? Si Cañabate era buen aficionado, Juan contestó – Ya ve Vd. si será bueno, que cuando José y Yo andábamos en eso de los toros ... El era ... de Vicente Pastor... Otro día le anunciaron que Manolete se iba a llevar a Lupe Sino a Méjico, y criticó: - Eso es como ir a Escocia! y llevarse un Bacalao!-

Se enteró, como todos saben, que la primera vez que el Guerra le vio torear, cruzándose con los toros, y revolucionando todas las Leyes de la Tauromaquia, profetizó: - El que quiera ver, que aligere-. Pues bien, Belmonte, con ocasión de la última vez que toreó en Córdoba cuando se retiró, fue a despedirse del Califa, que en Trono del Club de la Calle Gondomar, le saludó, diciéndole: ¿Cómo andas Juan? y el le respondió: -Ya ve Vd... viviendo... de milagro; ¡pero viviendo!- De todos sus amigos intelectuales, el mas entusiasta fue Valle Inclán, que llegó a decirle: -Juanillo, para se un Dios, no te falta más que morir en la plaza- y el contestó: - Se hará lo que se pueda... Don Ramón... y en efecto, el hizo todo lo que pudo por morir joven, como los dioses pero no lo consiguió hasta los setenta años, en que no pudiendo practicar a gusto su afición de Garrochista, hizo su última Frase, diciendo: - Cuando no pueda montar el palo, le volveré la cara... al toro de la Vida... y se echó en brazo de la muerte: ¡Su gran coqueta de siempre!

No le vencieron ni los toros, ni los hombre; con El no acabó nadie, más que el mismo.

Para terminar, he de confesaros; que a mí, el Arte sobrecogedor de Belmonte, me cautivó tanto, que intenté describirlo así.

Fuiste... lo que jamás, por los siglos será;
 ¡Lo que nadie, en el Ruedo había visto ni ve!
 que en el terreno absurdo, que pisaste no habrá
 ningún otro torero, que se ponga de pío.

Nacerá un estilista, o un lidiador valiente;
 pero no aquel que amarre a su carro a los dos,
 que deleite y espante, asombrando a la gente,
 ante tu mitología apostura de Dios.

Ni nació, ni ha nacido... y si acaso naciera,
Será un Antonio Montes, que se lleve la Muerte,
Pues lo que no es posible, es que nadie estuviera
Protegido del Hada de tu imposible muerte.

Cada toro, ¡de aquellos!, no el que inmolan ahora,
te cogió en el engarce, de tu genial Faena,
pero siempre tu Estampa, heroica y triunfadora,
dramática se alzaba, de la sangrienta Arena,
que el misterio del Temple con capote y muleta,
de vencido te hacía, otra vez vencedor,
y seguías creando, embrujado y Esteta,
rimando con tu Arte y tu ciego valor.
Como siempre me ahogabas, con tu Garra de Artista,
trágico y angustiado, como un Duende Espectral,
mi Afición no ha podido, mas ser Belmontista,
y hasta muerte te digo: ¡que serás inmortal!

